

dose de guapo, á toda furia partió con cincuenta caballos y buen número de escopeteros y ballesteros en pos de ellos: á ocho leguas de México los alcanzó, y como Estrada y Albornoz vieron que Chirinos venia á ellos, se pusieron en son de quien se defiende. Los padres franciscanos, que acaso acompañaban al uno ó á los otros, se interpusieron, y Chirinos se contentó con que volvieran presos á la ciudad. A la noche siguiente, Salazar y Chirinos, siempre temerosos de sus compañeros que conservaban alguna autoridad, con gente armada cercaron la casa de Estrada, y le abocaron la artillería para derrocarla, lo que impidieron Francisco de las Casas y Gil Gonzalez. Solo las puertas se echaron abajo, prendieron cuatro ó cinco que mandaron azotar al día siguiente, que fueron hidalgos, por la razon que daban de querer matar á los gobernadores. Entretanto, Estrada quedó bien asegurado; y Albornoz, cargado de cadenas, fué llevado al arsenal.

Todas estas violencias hacian en México Salazar y Chirinos por la sombra de Rodrigo de Paz, que siendo tan poderoso, tenia la mayor autoridad.....»

4

EL DESPACHO.

Pasó algun tiempo.

Negromonte, reconocido como secretario de los gobernadores, tuvo en el palacio de Cortés una lujosa habitacion, con su sala de recibimiento. Salazar y Chirinos le habian dado amplísimos poderes, y ocupados únicamente en los negocios, digamos mejor, en las trapazas que pudieran dejarles grandes sumas de dinero, abandonaban todo el peso del Estado en los hombros de Negromonte.

Veremos cuáles eran las ocupaciones de este, mientras los gobernadores, creyéndose asegurados en su silla, se daban á la vulgar ocupacion de estafar á los pueblos.

Es de noche.

Fray Roque y Negromonte se hallan en la pieza del despacho. Hace dos horas que conversan; pero si nos acercamos á escuchar las últimas palabras, aun es tiempo de saber lo preciso para comprender los hechos que deben realizarse mas tarde.

—Tal vez,—decía Fray Roque,—no alcanzo á penetrar el objeto de vuestras miras; pero tengo por cierto que las exacciones de que han comenzado á ser víctimas algunos de los amigos de Cortés, deben traer funestísimos resultados.

—A quién?—preguntó Negromonte.

—En primer lugar, á Salazar y Chirinos..... despues á nosotros.....

—Omitid lo segundo.

—Pero el pueblo no distinguirá las personas. La ira popular arrasará con todo lo que toque á esos hombres.....

—Cierto; pero si á los pueblos se les hace justicia?.....

—Oh!..... pensais.....

—Pienso hacerla; pero será del modo y en el tiempo mas oportuno.

—Ya.....—exclamó el fraile;—ahora se me viene á las mientes un recuerdo hermosísimo. ¿Quereis hacer algo semejante á lo que hacia su majestad el prudentazo yerno de Augusto? ¿Quereis tener *esponjas* como Claudio Tiberio? El dejaba que sus procónsules se enriqueciesen, y una vez empapados en oro, los exprimía con gran satisfaccion suya y de los pueblos.

—Sí; pero con esta ligera diferencia; que no es oro en lo que quiero que se empapen.....

—Ah! quereis sanguijuelas..... bien..... no me parecen malos instrumentos para despachar á nuestro amigo.....

—Ya hablaremos de eso,—dijo D. Pedro levantándose de su sitial;—retiráos á la pieza inmediata, porque ha llegado la hora de la audiencia.

—Vienen hoy?

—Sí.

—Pues me retiro.

Fray Roque desapareció tras de un espeso cortinaje. Negromonte se desciñó su espada, la colocó sobre la mesa; tomó despues una pequeña campana que servia de cúpula al tintero, é hizo sonar dos ó tres campanadas.

Al mismo tiempo se abrió de par en par una puerta del fondo, y penetraron en la estancia dos personajes. Uno, Mendieta, bravo y arrogante capitán, compañero de Arróyave. El otro, militar tambien, era Barrientos, gran aventurero, comandante de cien lanzas en la fuerza de Rodrigo de Paz.

Diremos dos palabras acerca de este personaje. Era alto y fornido; le faltaba un ojo; el otro, emboscado en una ceja peluda y erizada, como un azotador, parecia tener una chispa, en vez de pupila; varias verrugas, y el pliegue de la cicatriz que bajaba de la ceja izquierda cruzando el rostro, habian hecho perder su regularidad á la nariz, dándole una forma sin ejemplo en la naturaleza; la barba descendia hasta el pecho, sin dejar libre en el rostro, sino dos círculos para los ojos y otro para los dos túberculos de papa que constituian la nariz:—en la frente, demasiado pequeña, formaba la piel dos gruesas arrugas horizontales:—la cabeza era un espantoso erizamiento, dejando ver aquí y allá ciertas peladuras blanquizcas que anunciaban las cicatrices de horrendas pedradas ó machetazos. Se contaba que en el rostro de aquel cíclope nunca se habia visto una sonrisa. Aquello podia compararse á un cielo tempestuoso, donde no habia sino un relámpago, la mirada; y un trueno, la voz, ronca y retumbante, que rompía por entre aquellas barbas como el rayo en la espesura de los matorrales. Las manos grandes, y peludas tambien,

eran tan duras como el guantelete. Las espaldas, el cuello, las piernas, harían adivinar lo que sería Barrientos; aunque mil anécdotas que corrian en boca de todos los soldados, no probasen que era el prodigio de la pujanza humana. La tradicion refiere que este comandante se halló en la sangrienta batalla de Otumba, y él solo mató á 150 hombres; cosa no extraña cuando los conquistadores combatian forrados de acero y provistos de armas de fuego: mas lo notable fué, que Barrientos no echó mano de lanza, ni de arcabuz, ni de espada. Combatió á pescozones. Varios paisanos suyos probaron tambien el peso de sus manos. Diremos, por último, que es falso que este capitan no se sonriera nunca. Una vez lo hizo; fué un dia que á un criado suyo le acható el rostro de una bofetada. Tal era el nuevo capitan que tenemos el honor de presentar á nuestros lectores.

Negromonte se adelantó á recibirle. Barrientos y Mendieta, despues de algunas cortesías, ocuparon los asientos que D. Pedro les designó en el estrado.

—Espero que me traereis buenas noticias,—dijo Negromonte.

—Oh! señor mio,—repuso Barrientos, bajando el párpado que le quedaba;—siento deciros que no son tan selectas como lo esperábamos.

—Qué ha pasado?.....

—Qué?..... friolera!..... ímpetus me han dado de estrellar á esos miserables. ¿Creereis que se resisten á las deslumbrantes promesas que les hacemos? Su afecto por Rodrigo de Paz, no tiene límites. Ved aquí á Mendieta que ha tenido que huir, pues dos ó tres de esos villanos le han amenazado con acusarle de traicion y soborno.

—Pero en fin..... no contamos con nadie?.....

—Sí, tal..... con los míos.....

—Cuántos son ellos?

—Cincuenta..... pero yo respondo de su fidelidad á vuestra causa.

—Bien; esto no importa mas que un ligero cambio en las combinaciones. Vos, Mendieta, partireis hoy mismo al campo de Benavides, y le direis que hoy marcharán 150 hombres de Rodrigo de Paz, á reforzar la gente de Andrés Tapia; que aunque se halle casi desorganizado con su costoso triunfo, arrastre al enemigo al sitio que le parezca conveniente, y acepte el combate. Vos, Barrientos, marchareis con la gente de Arróyave; le dareis á este individuo algunos consejos que le extravíen; v. g., habilitareis de desertor de Benavides, al hombre mas sagaz de los vuestros, para que cuente lo que dejo al cargo de vuestra conocida prudencia, y dé lugar á provechosas aplicaciones. En todo caso, podeis poner os en acuerdo con Benavides, é inventareis un golpe que os dé por resultado una completa victoria.

Barrientos y Mendieta se inclinaron en señal de obediencia. El primero dijo:

—Descuidad; respondo tambien de la victoria.

—Y yo,—dijo D. Pedro,—respondo del gran premio que obtendreis, si cumplís esas órdenes.

Bah!—dijo Mendieta,—no dudeis que serán cumplidas, caballero, y el éxito es seguro. Menos temor me ponen dos mil lanzas combatiendo lealmente, que un solo traidor encapotado en nuestras filas.

—Cierto,—dijo Barrientos.—Ahora, D. Pedro, resta solo que nos habiliteis para la marcha.

—Pedid lo que necesiteis, caballeros.

—Por el pronto,—dijo Barrientos con la tranquilidad de un comerciante, creo bastarán veintiocho mil ducados.

—Yo, dijo Mendieta, lo dejo á vuestra consideracion.....

Negromonte fué á la mesa á escribir rápidamente algunas líneas; selló dos pliegos, y entregó uno á Barrientos y otro á Mendieta.

—Aquí teneis, caballeros,—les dijo.

Los dos capitanes dieron las gracias, saludaron á Negromonte, y salieron haciendo nuevas protestas de fidelidad, y asegurando el triunfo.

La puerta que les dió paso quedaba en un costado del aposento. Sonó de nuevo la campana, y otro personaje apareció por la puerta del fondo.

Era un simple soldado; tendria sesenta años, pero mostraba todavía el vigor y la soltura de los treinta. Era ante-calvo; la cabeza, la barba y las cejas, estaban completamente encanecidas; los ojos eran pardos, y la nariz tenia el perfil severo de los bustos de Gonzalo de Córdoba.

—Ah! te esperaba,—dijo D. Pedro:—disponde, porque hoy mismo parte el Capitan Barrientos.

—Qué debo hacer?—preguntó el soldado.

—No perderle de vista: si no da el golpe, le matas; si le da, ten prevenidos á tus hombres, y cuando vuelva (yo haré que vuelva con una corta compañía), le darás la sorpresa.

—¿Cuánto lleva?

—Veintiocho mil ducados.

—¿Mandais otra cosa?

—No; vete.

Don Pedro volvió á quedar solo. Pasados diez minutos la puerta del fondo volvió á abrirse y apareció un ugiar

anunciando al muy famoso caballero D. Rodrigo de Paz. Negromonte salió á recibirle hasta los corredores, y volvió con él trayéndole del brazo. D. Rodrigo de Paz ocupó el centro de un divan, reclinándose con majestad en los almohadones, y D. Pedro se colocó enfrente, sentado en el sitial que acaba de abandonar Barrientos.

—Vengo, no mas, dijo Rodrigo, á ver si es posible que evitemos el próximo conflicto entre las fuerzas de Benavidez y las de Arróyave. Sabiendo aquel que Estrada, Zuazo y Albornoz, han cedido el puesto á Salazar y Chirinos, creo no habrá ningun inconveniente para sosegarle, y aun para hacer que venga á la ciudad, y sea con los míos el sosten de los nuevos gobernadores.

—Mirad,—replicó D. Pedro,—nada mas fácil que lo que intentais; y si teneis empeño, no vacilo en ponerlo en práctica. Pero ¿sabeis qué especie de canalla es la que sigue los pendones de Quintanar y Benavidez? Los prófugos de la guerra de Italia, manchados con inauditos crímenes, odiados por todos los colonos, y temibles á los pueblos inermes, que aun tiemblan al solo recuerdo de Mendoza. Gentes sin ley, sin fé, sin corazon, prontas á todas las traiciones, aparejadas al pillaje, capaces de incendiar el reino, si ven que pueden sacar un grano de oro de entre sus cenizas. Probemos á traerlos. Vereis si esa morralla no introduce la inquietud y el desórden en la ciudad, y la relajacion completa en nuestro ejército. Además, vereis si el gobierno que se apoya en tal falanje de bandidos, no arroja sobre sí la mala voluntad de las gentes honradas, y provoca una reaccion general en pró de los caidos gobernadores.

—¿Pero creéis, repuso D. Rodrigo, que mis gentes no basten á tenerlos á raya?.....

—No bastarán, porque muchas de vuestras gentes no son punto menos que las de Benavides. Serán entrañadas en la corriente del desórden; serán seducidas por sus antiguos compañeros de latrocinio y de guerra; verán en la asonada un fácil medio de recuperar las sumas enormes que, ganadas con tantos peligros, se les abisman en la vorágine del fuego. Y en fin..... si la parte fiel de vuestra gente se emplease en contener las revueltas, no tendríamos en la ciudad sino lo que yo quiero suceda antes en las montañas. Allí, al menos, se puede combatir sin perjuicio de los colonos.

—Bien: á mí, como os será fácil comprender, no me movía mas interes que el de esos guerreros á quienes mando. Quisiera que se ahorrara la sangre española.....

—Es mi deber, señor, y trabajo en cumplirlo; mas para no dejar que corra esa sangre, me he propuesto aniquilar á los hombres de Benavides.

—Yo tengo para mí que os costará la empresa grandes sumas de dinero, y todavía mayores sumas de soldados.

—Con todo, señor, pienso luchar hasta la muerte; prefiero agotar los caudales públicos, echar mano al quinto de su majestad, y sacrificar lo mas preciado de nuestras legiones, á dejar que un escaso puñado de miserables siegue el fruto que han dado á D. Hernando cuatro años de inaudito heroismo y de terribles penalidades.

Hé aquí la palabra mágica para Rodrigo de Paz: D. Hernando.—No necesitaba mas para persuadirle á obrar contra Benavides. Por otra parte, las fuerzas de este le inspiraban tanto menosprecio, como seguridad la disciplina y el valor de los tercios de Arróyave. Tenía razon; ignoraba que iba á combatir contra Negromonte. Así, llevado por

ese carácter que mostró siempre, abierto, franco, incapaz de sospechar como de cometer una perfidia, pues ni daba motivo á merecerla, ni era tan poco fuerte que necesitase usarla, dió entero crédito al fingido interes de Negromonte, y replicó en estos términos:

—Ea! no luchareis sin que se diga que Rodrigo de Paz ha hecho lo posible por salvar el honor y las conquistas de D. Hernando. Poco me interesa á mí Benavides; ahí tenéis mis lanzas, podeis emplearlas en lo que mas útil juzgueis para la seguridad del Estado.

—Ah! si es así, descuidad

—Siento haber disuelto la mayor parte de las fuerzas de Estrada; pero vos lo quisísteis.....

—Eran peligrosas.... mas no importa..... me basta con vuestros valientes. Ahora, os hablaré de un recurso que me preparo en caso de que la fortuna se nos muestre desfavorable.

—Sí?.....

—Es este: los mismos hombres que, segun sabeis, tenemos colocados en las filas de Benavides con el objeto de extravíarles, pueden, si llega la necesidad, hacer que ese hombre vuelva á ser nuestro amigo.

—Cómo?.....

—Con sus consejos.

—Pero eso requiere autoridad, y ante todo, confianza.

—Gozan de ambas cosas.....

—Tan pronto?

—Sí tal..... ¿qué mayor prueba de fidelidad podian dar á Benavides, que cerrar lanza en ristre contra nuestros defensores? qué mas que aconsejarles el mismo plan de la batalla, que debia darle un éxito tan brillante? qué mas

que ejecutar ellos por su mano á varios de los mas temibles de los nuestros? Yo les he dicho: obrad sin piedad contra nosotros, como si fuéseis nuestros verdaderos enemigos. El dia que yo caiga en vuestras manos, ahorcadme; no importa. Se trata de ganar la confianza del enemigo; despues veremos.

Paz se ruborizó visiblemente: como los caballeros de su siglo, era tan leal, que casi miraba con horror estas preciosidades de la táctica.

—Bien,—continuó D. Pedro;—una vez que tengamos quien nos aligere el otro platillo de la balanza, bastará que yo cargue en este el peso de mis propios recursos. Puedo hacer creer á Benavides que se le ha combatido sin mi permiso.....

—Bah!—exclamó D. Rodrigo en un acceso de incredulidad;—¿y lo creerá él?

—Por qué no?..... si castigamos al que le haya atacado?.....

—Y bien; ¿no conocerá que ese castigo no pasa de las apariencias?

—No.

—Por qué?.....

—Porque irá mas allá de las apariencias.

—Cómo!

—Lo haremos efectivo: este juego es de números; ahorcamos á un soldado fiel, y ganamos trescientos.

La buena fé de Rodrigo de Paz comenzaba á querer sublevarsele. Aquello le pareció una grande infamia. Negromonte leyó en el semblante de Rodrigo de Paz la sorpresa que le causaban los secretos de Estado, y dijo para sí:

Está visto que este honrado caballero no pasa de ser

un mentecato. Bien puede suceder que empiece á dar cabida á la desconfianza.

—Oh!—dijo Paz,—no sabeis lo que me contraría todo lo que se parece á la traicion. Consiento que se juegue esta pieza tratándose del enemigo; mas.....

—Teneis justicia..... pero al deciros lo que oísteis, lo hice refiriéndome á los casos en que la salud del reino, el bienestar y la existencia de las familias y de los individuos, nos hacen aceptar el doloroso sacrificio de nuestros propios intereses y nuestros afectos. Y os juro que lo haré de ese modo, cuando agotadas nuestras fuerzas no exista ya otro medio para conjurar el peligro.

—Os he dicho,—replicó D. Rodrigo,—que no temais que os falten, existiendo yo, las fuerzas que necesiteis, para no echar mano de esos medios terribles. Comprendo que son á veces necesarios; mas espero que nos sacarán de apuro nuestras lanzas.

—Dios lo quiera.

—Él nos mira y nos protege.

—¿Quereis, señor, que decidamos el negocio enviando de una vez el mayor número posible de fuerzas?..... Evitemos las pequeñas escaramuzas, y no hagamos con una prudencia mal entendida, que esos rebeldes nos devoren por fragmentos.

—Pero la ciudad.....

—Respondo de ella..... nos queda mi guardia.....

Rodrigo de Paz, sea por reflexion ó por instinto, replicó:

—Bien está; queden tambien cincuenta arcabuceros de los míos, y carguemos lo demas al canallaje de Benavides.

—Queden los que tengais á bien, señor,—dijo Negromonte.—Y como temo que esta ausencia aliente y favo-

rezca un levantamiento de los enemigos interiores, yo desearia que aquí se pusiera á la cabeza de los nuestros el mismo Arróyave.....

—Oh, no! allá es de urgencia este valeroso y hábil caballero. ¿A quién otro podemos confiar el cargo de una empresa cuyos riesgos pregona el descalabro de Tapia? Barrientos tiene poco ingenio; pero su vigor es el brazo y la espada de Arróyave. Así, no dudeis que si le dejamos con nosotros, se tornaria en duda la esperanza de acabar con los enemigos.

—A quién destinais, pues, para custodio.....

—Qué diablo! quedáos vos..... será un cambio de nombre, no de ingenio.

—Señor..... teneis fama de cortés, y casi me humillais con vuestras bondades.

—Eh!..... quedáos.....

—Bien, señor; acepto, y cumpliré con gusto el cargo que me haceis el honor de confiarme. Ahora decidme; todos vuestros ginetes salen á la vez, ó pensais despacharlos por tercios?.....

—No, todos juntos; deseo hacer un alarde que aterrice al enemigo, y quiero asegurar la victoria.

—Y para cuándo habeis dispuesto la marcha?

—Pienso que sea mañana.

—Mañana?.....

—Qué!..... os parece muy tarde?

—Oh! mucho!..... acordáos de que Tapia ha quedado casi deshecho; que no ignora que organizamos nuevos y terribles preparativos. Benavides avanza; hoy mismo se me ha dado esta noticia. El pequeño número de gente que nos resta, endeble y llena de temor, no bastará para impedir

un solo paso á esas legiones insolentadas con el triunfo.

—Da lo mismo..... Entonces yo me marchó á disponer en este instante la partida.

—Es esta noche?

—No es posible,—replicó Rodrigo de Paz tomando su sombrero y poniéndose en pié;—mas lo que falta de la noche lo emplearemos en aparejar, y todo estará listo á las cuatro de la madrugada.

Dicho esto, D. Rodrigo saludó á Negromonte.

El alto y poderoso caballero D. Rodrigo de Paz, no fué desde entonces sino el bueno del alguacil mayor, solo y completamente desarmado.